



Israel es un país democrático para los judíos y judío para los palestinos



Alberto Pradilla (Iruña, 1983), licenciado en Periodismo, trabaja como *freelance*. Durante los últimos años ha colaborado con medios como *Gara*, *Diario de Noticias*, *Argia* o *Berria* cubriendo diversos acontecimientos en lugares como Palestina, Líbano, Siria o Kurdistán

«Israel es un país democrático para los judíos y judío para los palestinos». Esta definición se acerca bastante a la realidad que ha marcado el estado fundado por David Ben Gurión en 1948. Dicho de otra manera, Israel sería democrático si toda la población fuese judía, del mismo modo que Sudáfrica hubiese sido homologable a Europa si toda su población hubiera estado compuesta por blancos. En la práctica, mientras que la población judía disfruta de un régimen similar al que rige buena parte de los estados europeos; los palestinos, tanto quienes mantienen el carné israelí como los residentes en los territorios ocupados, viven sometidos a una legislación que les convierte en ciudadanos de segunda. Y que busca, en última instancia, su expulsión, bajo el argumento de que su presencia amenaza la supremacía judía.

En muchas ocasiones, tras observar las imágenes de las largas colas en el *checkpoint* de Hawara, en Nablus, o las fotografías de devastación en Gaza, la izquierda europea ha estado tentada de comparar la limpieza étnica palestina con el genocidio de judíos cometido por los nazis durante la II Guerra Mundial. Pero no es lo mismo. Y tampoco era necesario. La Sudáfrica blanca, un estado colonial basado en la segregación por razas, es el mejor espejo con el que reflejar los bantustanes palestinos cercados por el muro, la Gaza bloqueada o el propio Israel, donde un millón y medio de árabes comprueban cómo su espacio se queda pequeño ante la expansión del estado.

Esta no era una buena campaña de marketing para la «única democracia en Oriente Medio», que siempre trató de dulcificar el hecho de que su estado se creó a través de la colonización en sucesivas oleadas llegadas de Europa

con la expulsión de 600.000 indígenas y la destrucción de más de 500 aldeas. Así que se aferró a la «guerra de civilizaciones». Aunque, si algo se puede agradecer a los sionistas, es su sinceridad. Mucho antes de que Huntington hubiese siquiera nacido, Theodor Herzl, el padre del sionismo, ya abogaba porque el estado judío se convirtiese en «el puesto avanzado de la civilización contra la barbarie». Y esa fue la idea que vendieron en Europa y, por supuesto, en Estados Unidos. Una imagen ficticia de conflicto religioso entre judíos que siempre habían estado en Palestina o que regresaban a la tierra prometida y fanáticos islamistas que sólo soñaban con tirarlos al mar. El muro de hierro que Jabotinsky, el principal ideólogo de la derecha sionista, propuso crear entre la civilización y los árabes durante los años 40. Curiosamente, un hombre tan religioso como el rabino Meir Hirsh, un ultraortodoxo residente en Jerusalén que confía en los «ojos de dios» antes que en cualquier ejército como medio para acabar con el estado sionista, sitúa el conflicto en sus claves exactas: la llegada de una potencia colonial que ocupa a la población indígena.

La imagen de país moderno, democrático, que mira a Europa, está muy lejos de adecuarse a la realidad. Se podría hablar de la infinidad de ocasiones en las que Israel ha ignorado las resoluciones internacionales. De los crímenes de guerra denunciados en Gaza. O de las negociaciones, un juego de palabras que para los políticos israelíes, tanto laboristas como de la derecha, siempre han constituido un medio para mantener el estatus quo.

Pero en esta ocasión hablamos de la vida de puertas adentro, más allá de lo que muestran los titulares de prensa. Y

ahí encontramos un estado excluyente, con fuertes componentes teocráticos, en el que la religión regula buena parte de la vida de los israelíes, incluyendo el derecho a la ciudadanía. Paradójicamente, cualquiera que acredite un abuelo judío, aunque nunca tuviese ningún tipo de relación con la tierra, puede acceder al carné azul hebreo. Por el contrario, ninguno de los 5 millones de refugiados palestinos diseminados por el mundo puede regresar a los territorios en los que sus familias residieron durante siglos.

En los 62 años transcurridos desde la Nakba (desastre) palestina, eso que en Israel se rebautizó como «Guerra de la Independencia», el estado judío ha cambiado mucho. Es curioso comprobar cómo los primeros pioneros, los que dirigieron la colonización de la Palestina histórica desde los kibutz, miraban de reojo a la hoz y el martillo mientras que no se fiaban del pasado religioso y diaspórico. Ellos buscaban un «hogar nacional judío» para un hebreo nuevo, y eligieron la colonización, como no podía ser de otra manera en el siglo XIX. Pocos creyeron en un mandato divino para plantarse en Palestina. Ahora, sus herederos son los colonos que se fortifican en medio de Cisjordania para continuar con la expansión territorial. Al contrario que sus antecesores, la Biblia es su principal argumento, y se justifican asegurando que sólo ocupan la tierra prometida que Abraham recibió en el Antiguo Testamento. Los derechos humanos de las personas que viven allí, unos intrusos según su terminología, es una cuestión que no les preocupa.

Puede que en esa profunda transformación, en el camino que transita desde la modernidad del nuevo hebreo laborista hasta el mesianismo político del movimiento nacional religioso, esté la razón por la cual un país se deshumaniza. Puede que en el proceso de cerrarse en sí mismo se encuentre la fórmula que permite que la gran mayoría de una sociedad aplauda los bombardeos contra Gaza o el ataque contra la Flotilla. «En Israel no se habla de las personas que viven en Gaza. De este modo, no se ataca a individuos o ciudades, se ataca a un ente», señala-

ba tras la operación contra la Franja Michel Warschawski, un judío que ha defendido durante toda su vida la idea de un estado posible, laico y democrático, en el que todos tuviesen su sitio. Cuando «el otro» no es más que un ser inferior, un indígena subdesarrollado, uno puede llegar a trocear un coche para meterlo en el único pozo que provee de agua a unos pastores para que sus ovejas no puedan volver a beber, como hicieron los colonos en la aldea de Sussia, en el sur de Hebrón. O destruir en cinco ocasiones durante un mismo mes un poblado beduino como Al Araquib, en el Negev, con el objetivo de judeizar el desierto.

El problema es que la opinión de Warschawski es minoritaria. Incluso mucho más minoritaria de lo que podría aparentar si uno habla con esos israelíes de izquierdas tan parecidos al europeo pero que, por encima de todo, defienden un estado judío como única garantía.

Frente a la imagen de bloque monolítico, Israel es un estado edificado sobre la contradicción. Basado en una fragmentación tan profunda que da la sensación que, de tanto estirar de la cuerda, puede que algún día se rompa. Entre religiosos y laicos, entre derecha e izquierda. Entre una élite llegada de Europa y los judíos importados de Etiopía o desde los países árabes para ejercer de contención ante el pueblo palestino. La noche y el día que va desde la Tel Aviv occidentalizada hasta la Jerusalén cada vez más encerrada en su levita negra. Pero con una línea roja para la mayoría: el estado judío. El



consenso nacional que permite al estado salir adelante.

Durante mucho tiempo, los sectores solidarios con el pueblo palestino han focalizado tanto su apoyo a la población indígena que, en ocasiones, se llega a condicionar su lucha olvidando que la solidaridad acompaña pero no impone. Como si quisiésemos enseñarles cuál es la mejor manera de resistir. Por eso, es necesario también echar un ojo hacia el opresor, señalar sus argumentos y estudiar sus contradicciones. Ése es el objetivo de este libro: realizar una crónica que refleje la mentalidad de un estado como el israelí a través de algunos de sus protagonistas y ofrecer una imagen parcial pero compleja de un país en el que, lo queramos o no, nos podemos ver reflejados en más ocasiones de las que nos gustaría. □